

26 Domingo IV Pascua
Del Buen Pastor
abril
(Ciclo B) – 2015

Índice

para utilizar el índice en la web haz clic en "[Ver mensaje entero](#)" al final del mensaje

Textos Litúrgicos

- [Lecturas de la Santa Misa](#)
- [Guión para la Santa Misa](#)

Exégesis

- [P. José María Solé Roma, C. M. F.](#)

Comentario Teológico

- [P. Leonardo Castellani](#)

Santos Padres

- [San Agustín](#)

Aplicación

- [P. Alfredo Saenz, S.J.](#)
- [San Juan Pablo II](#)
- [San Juan Pablo II](#)
- [SS. Benedicto XVI](#)
- [P. José A. Marcone, I.V.E.](#)
- [P. Jorge Loring S.I.](#)

Ejemplos Predicables

Textos Litúrgicos

Lecturas de la Santa Misa

Domingo IV de Pascua (B)

Del Buen Pastor

(Domingo 26 de abril de 2015)

LECTURAS

*No existe otro Nombre
por el cual podamos salvarnos*

Lectura de los Hechos de los Apóstoles

4, 8-12

En aquellos días:

Pedro, lleno del Espíritu Santo, dijo: «Jefes del pueblo y ancianos, ya que hoy se nos pide cuenta del bien que hicimos a un enfermo y de cómo fue sanado, sepan ustedes y todo el pueblo de Israel: este hombre está aquí sano delante de ustedes por el Nombre de nuestro Señor Jesucristo de Nazaret, al que ustedes crucificaron y Dios resucitó de entre los muertos.

Él es la piedra que ustedes, los constructores, han rechazado, y ha llegado a ser la piedra angular. Porque, en ningún otro existe la salvación, ni hay bajo el cielo otro Nombre dado a los hombres, por el cual podamos salvarnos».

Palabra de Dios.

R. *Den gracias al Señor, porque es bueno,
porque es eterno su amor.*

O bien:

Aleluia.

¡Den gracias al Señor, porque es bueno,
porque es eterno su amor!
Es mejor refugiarse en el Señor
que fiarse de los hombres;
es mejor refugiarse en el Señor
que fiarse de los poderosos. R.

Yo te doy gracias porque me escuchaste
y fuiste mi salvación.

La piedra que desecharon los constructores
es ahora la piedra angular.
Esto ha sido hecho por el Señor
y es admirable a nuestros ojos. R.

¡Bendito el que viene en nombre del Señor!
Nosotros los bendecimos desde la Casa del Señor:
Tú eres mi Dios, y yo te doy gracias;
Dios mío, yo te glorifico.
¡Den gracias al Señor, porque es bueno,
porque es eterno su amor! R.

Veremos a Dios tal cual es

Lectura de la primera carta de san Juan

3, 1-2

Queridos hermanos:
¡Miren cómo nos amó el Padre!
Quiso que nos llamáramos hijos de Dios,

y nosotros lo somos realmente.
Si el mundo no nos reconoce,
es porque no lo ha reconocido a Él.
Queridos míos,
desde ahora somos hijos de Dios,
y lo que seremos no se ha manifestado todavía.
Sabemos que cuando se manifieste,
seremos semejantes a Él,
porque lo veremos tal cual es.

Palabra de Dios.

ALELUIA

Jn 10, 14

Aleluia.
«Yo soy el buen Pastor:
conozco a mis ovejas,
y mis ovejas me conocen a mí», dice el Señor.
Aleluia.

EVANGELIO

El buen Pastor da su vida por las ovejas

Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Juan

10, 11-18

Jesús dijo:
«Yo soy el buen Pastor.
El buen Pastor da su vida por las ovejas.
El asalariado, en cambio, que no es el pastor
y al que no pertenecen las ovejas,
cuando ve venir al lobo
las abandona y huye,
y el lobo las arrebató y las dispersa.

Como es asalariado,
no se preocupa por las ovejas.

Yo soy el buen Pastor:
conozco a mis ovejas,
y mis ovejas me conocen a mí
—como el Padre me conoce a mí
y Yo conozco al Padre—
y doy mi vida por las ovejas.

Tengo, además, otras ovejas
que no son de este corral
y a las que debo también conducir:
ellas oirán mi voz,
y así habrá un solo rebaño
y un solo Pastor.

El Padre me ama
porque Yo doy mi vida
para recobrarla.
Nadie me la quita
Sino que la doy por mí mismo.
Tengo el poder de darla
y de recobrarla:
éste es el mandato que recibí de mi Padre».

Palabra del Señor

[Volver](#)

Guión para la Santa Misa

IV Domingo de Pascua- 26 de abril 2015- ciclo B

-Jornada mundial de oración por las vocaciones-

Entrada: Jesús, como Buen Pastor, vino a revelar el rostro de Dios y se hizo guardián de nuestras almas. Su sacrificio ha dado la vida a las ovejas y las ha vuelto al redil, y en la Eucaristía se ha hecho Pasto de sus ovejas, dándose como alimento.

Liturgia de la Palabra

Primera Lectura:

Hch 4,8-12

Pedro anuncia a los judíos que Jesucristo es la piedra angular y que por su nombre somos salvados.

Salmo Responsorial: 117

Segunda Lectura:

1 Jn 3,1-2

Somos hijos de Dios y, cuando se manifieste, seremos semejantes a Él.

Evangelio:

Jn 10,11-18

Jesucristo es el Buen Pastor que nos conoce, sale a nuestro encuentro y da la vida por nosotros.

Preces:

Hermanos, dirijamos a Dios nuestra oración con la seguridad de ser escuchados por nuestra condición de hijos.

A cada intención respondemos cantando:

* Por la Iglesia santa de Dios, para que no se desanime en el empeño diario de dirigir la mirada de todo hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo Buen Pastor. Oremos...

* Por la Unidad de los Cristianos, para que la fuerza de la Resurrección contenida en la Eucaristía atraiga a todos nuestros hermanos que aún no forman parte de la unidad católica de la sola Esposa de Cristo. Oremos.

* Por los frutos de esta jornada mundial de oración por las vocaciones para que todos los que son llamados por el Señor a seguirlo de modo radical en los diversos tipos de vida consagrada, se animen a seguirlo y lo imiten entregándose totalmente a su servicio. Oremos.

* Por los sacerdotes, los religiosos y las religiosas; para que viviendo profundamente su carisma particular, muestren a este mundo la imagen de Jesús. Oremos.

Padre del cielo, sabemos que es mejor refugiarse en Ti que fiarnos de nuestro poder; por eso te pedimos que escuches la oración que te presentamos. Por Jesucristo Nuestro Señor.

Liturgia Eucarística

Ofertorio:

El banquete eucarístico se prepara para nuestra refección porque somos ovejas de Cristo, alimentadas con su propio Cuerpo y Sangre.

Para tal banquete presentamos:

* **Alimentos**, con los cuales manifestamos la caridad Cristo buen pastor solícito de los más pobres y necesitados;

* Las ofrendas del **pan** y del **vino**, y en ellas nuestra total donación al Eterno Padre.

Comunión: Jesús Buen Pastor, acógenos siempre en tu manso redil y haz que permanezcamos unidos a ti ahora y por toda la eternidad.

Salida: Que María Madre del Buen Jesús, Pastor de las almas, nos dé a beber de la fuente de la Misericordia que es el Corazón Eucarístico de su divino Hijo en cada Santa misa.

(Gentileza del Monasterio "Santa Teresa de los Andes" (SSVM) _ San Rafael _ Argentina)

[Volver](#)

Exégesis

P. José María Solé Roma, C. M. F.

Sobre la Primera lectura: (Hechos 4, 8-12)

Jesús realizó ya su Obra Salvífica. Ahora los Apóstoles deben hacer llegar la salvación a todos los hombres:

- 'En virtud de este NOMBRE' (v 10): Tenemos ya el Nombre que nos salva: Jesús = Dios salva. El Ángel habla a María y a José: 'Le pondréis por nombre 'Jesús', porque El 'Salvará' a su pueblo de sus pecados. Ahora San Pedro, con el 'signo' milagroso de una curación obrada en el Nombre de Jesús, proclama que sólo en Jesús, el Jesús que ellos crucificaron, tenemos Salvación (v 12): 'El es la piedra desechada por vosotros, los constructores, que ha venido a ser clave del arco (v 11).

- Con este episodio comienza el primer choque de la Iglesia naciente con el judaísmo oficial. Toman la ofensiva contra los inermes Apóstoles. Los saduceos, negadores de la resurrección. El clan de Anás monopoliza el pontificado y la dirección del Sanedrín. Pedro, con una luz y un vigor que constituyen ya de sí un evidente argumento a favor del Resucitado, les prueba cómo el Jesús que ellos crucificaron es la 'Piedra clave' y el 'Salvador' (vv 11.12) de las profecías Mesiánicas.

- La Iglesia inicia su misión de llevar la Salvación de Cristo a todos los hombres. Y a la vez inicia su Pasión. Los incrédulos la rechazarán y la crucificarán como crucificaron a Cristo. Pero los humildes y dóciles aceptarán con fe y amor La Salvación de Jesús. Al igual que Jesús, la Iglesia, que es su prolongación en la tierra, es Salvación de Dios. Lo es en dolor, en pobreza, en humildad, en pasión y muerte: 'Completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo, por el bien de su Cuerpo que es la Iglesia' (Col 1, 24).

Sobre la Segunda lectura (1Juan 3,1-2)

San Juan es el Evangelista de Jesús-Hijo de Dios y el Teólogo de la filiación divina de los cristianos:

- El nuevo nacimiento por la fe y el Bautismo nos hace hijos de Dios. Esta filiación no es metafórica. Es real: Participamos la naturaleza divina (2 Pe. 1,4). Cristo, Hijo de Dios, nos comunica su Vida, la que El recibe del Padre: 'Como Yo vivo por el Padre Viviente, así el que me come a Mí, vivirá de Mí'... 'En verdad, en verdad os digo: Llega la hora, y es ahora, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y cuantos la oigan recobrarán la vida' (Jn 5,26; 6,57). Nos llamamos hijos de Dios. ¡Y lo somos! (v 1). El don que Dios nos da es Dios mismo: su misma vida: La que da al Verbo en generación eterna, y la que da al Verbo encarnado. Esta misma vida, el Verbo encarnado y resucitado, la hace llegar a nosotros por la fe y los sacramentos. Somos, pues, hijos de Dios en su Hijo.

- Bien que plenamente real nuestra filiación divina, la vivimos en el estadio de la fe, que es de dolor, de prueba, de fidelidad. En el estadio mortal no podemos ver ni al Padre en su Gloria (Jn 1, 18; 5, 37), ni al Hijo Glorificado. La gracia de filiación divina, poseída ahora en fe, se trocará en visión, en goza, en Gloria. Glorificados en la Gloria de Cristo, veremos esta semejanza divina, que ya tenemos sellada en nosotros. La visión de ahora en fe (en enigma, 1 Cor 13,12) se trocará en visión directa, cara a cara. Sólo puede ver a Dios quien es semejante a El. El Lumen Gloríae nos dará esta disposición y asimilación. San Juan llama 'mundo', a los que se cierran a la luz de la fe. Estos no conocen a Dios como 'Padre' de Cristo y Padre nuestro; ni conocen al Hijo de Dios; ni a quienes somos en Cristo hijos de Dios.

- Nuestra labor de ahora es ganar en gracia, afinar y perfeccionar en nosotros por la pureza y la caridad, la semejanza con el Hijo, la divina filiación; a fin de que el Hijo, a la hora de su retorno glorioso, nos pueda hacer partícipes en mayor grado de su Gloria: 'Padre, quiero que los que me diste donde Yo estoy estén también ellos conmigo, para que contemplan mi gloria... Yo les comunicaré la gloria que Tú me diste... Que el amor con que a Mí me amas permanezca en ellos y Yo también permanezca en ellos' (Jn 17, 22-24). Eso será plenitud en el Reino glorioso: In regnum tuum benignus admitte, ubi fore speramus, ut simul gloria tua perenniter satiemur, quando omnem lacrimam absterges ab oculis nostris, quia te, sicut est, Deum nostrum videntes, tibi similes erimus cuncta per saecula et te sine fine laudabimus. (Prex Euc III).

Sobre la Evangelio (Juan 10, 11-18)

'Buen Pastor' porque su autoridad no es tiranía, sino servicio y sacrificio, amor y entrega.

- La parábola del 'Buen Pastor' es tan bella como transparente. Y caló tan hondo en la primitiva Iglesia, que la más antigua iconografía nos representa a Cristo 'Buen Pastor' que lleva sobre los hombros una de sus ovejas.

- El Pastor único y legítimo enviado del Padre. El Pastor que conoce, ama y pastorea a cada una de sus ovejas. Quiere establecer una relación filial con cada uno de nosotros. 'La bondad de Jesús se evidencia aquí de forma sublime. 'Buen Pastor': Una imagen sencilla, expresiva, atractiva. 'Buen Pastor' que da la vida por su rebaño. El consagra a su grey, a cada uno de nosotros, el amor más grande, el que da la vida. La devoción al Corazón de Jesús puede bien atribuirse a la fuente evangélica que ahora evocamos: 'Yo soy el Buen Pastor' (Paulo VI: 25-IV-66).

- Esta parábola nos define también el carácter comunitario de la Iglesia: 'La Iglesia es un redil cuya única y obligada puerta es Cristo. Es también una grey, cuyas ovejas, aunque aparezcan conducidas y guiadas por pastores humanos, son guiadas y nutridas constantemente por el mismo Cristo, Buen Pastor y jefe rabadán de pastores' (L.G. n 6).

- Nosotros, buenas ovejas del 'Buen Pastor', le conocemos, le atendemos, le amamos, le guardamos fidelidad. Cooperamos con Él para que se forme un sólo redil: el único redil del único Pastor: 'Dios Todopoderoso y Eterno, condúcenos al feliz aprisco del cielo; Tú que a la debilidad de las ovejas has provisto de tan poderoso Pastor' (Collecta).

- Quienes tienen ministerio de pastorear el rebaño de Cristo, deben imitar al 'Buen Pastor':

a) Conocer y amar a cada una de las ovejas. En el arte pastoral hay que apreciar el valor de cada alma y hay que atenderla según su personal conveniencia.

b) El Buen Pastor defiende del lobo a las ovejas; el asalariado y mercenario busca su provecho; y a la hora del peligro, huye.

c) Cristo muere en sacrificio redentor por sus ovejas; el ministerio pastoral exige amor generoso hasta dar la vida por las ovejas.

(SOLÉ ROMA, J. M., *Ministros de la Palabra. Ciclo B*, Herder, Barcelona, 1979)

[Volver](#)

Comentario Teológico

P. Leonardo Castellani

El Buen Pastor

“Yo soy el Buen Pastor” (Jn X).

Esta afirmación de Cristo y la Parábola del Pastor y el Mercenario que la continúa en los oídos de los que la escucharon equivale neta y simplemente a esta otra afirmación capital: “Yo soy el Mesías, aquel que los Profetas denunciaron.”

De hecho, Cristo terminó este sermón proclamándose no solamente Mesías sino también Hijo de Dios, y Dios como el Padre: “Yo y el Padre somos uno”; en donde algunos de los fariseos lo llamaron “endemoniado y quisieron darle muerte. Esto ocurrió en el último año de su vida pública, antes de lo que se llama las “Últimas excursiones” y del viaje a la Perea.

Pastor es el principal de los nombres que los profetas dieron del Cristo, del Ungido de Dios. Aun cuando lo llaman Rey, que es el nombre más frecuente –*Mesías* en hebreo significa “Ungido”, así como *Christós* en griego–, aluden de hecho a su condición de Pastor, puesto que los antiguos llamaban a los *reyes pastores de pueblos*, como vemos en Homero. Los Apóstoles Pablo y Pedro llaman a Cristo en sus epístolas el “*Gran Pastor*” y el “*Protopastor*” o “*Príncipe de los Pastores*, como traduce la Vulgata latina.

Sabemos que Cristo tiene muchos nombres: Fray Luis de León escribió un libro sobre ellos, el libro religioso mejor escrito que hay en castellano; por ejemplos: Pimpollo o Retoño, Rostro de Dios, Camino, Monte, Rey de por Dios, Pujanza de Dios, Hijo, Verbo, Salvador, Jesús (*Jeshoah*), Cordero de Dios, Esposo, Amado, Padre del Siglo Venidero, Príncipe de la Paz, Profeta Sumo... y Camino, Verdad y Vida, Viña, Hijo del Hombre se llamó El a sí mismo. Pero ese nombre de Pastor es el que se impuso solemnemente al final de su predicación y lo explicó largamente; para lo cual no tuvo más que entretener los dichos de Isaías y Ezequiel, y de un profeta menor, Zacarías. Esto es lo que hacían los buenos recitadores de *estilo oral* y éste era su procedimiento literario. No salían con una cosa rara enteramente sacada de su cabeza, como los poetas de hoy: se apoyaban en la *tradición literaria* –en este caso no literaria– usando por lo común las *mismas frases hechas* (o sea, los hallazgos verbales ya acuñados, como cuando nosotros hablamos con refranes) de los maestros precedentes: y dándoles el *toque personal*; que a veces podía ser genial, como en Cristo. Y el toque personal en este recitado, además de la composición nueva, fue la nota que ningún profeta antiguo se atrevió a poner: “El Buen Pastor muere por sus ovejas”, que Cristo añadió inmediatamente.

Por no hacer caso de la tradición literaria –por pura ignorancia o pereza a veces– son tan raros, efímeros, infructuosos e intrascendentes los poetas de hoy día. No así los grandes poetas antiguos.

Todos los nombres proféticos que Cristo se aplicó explícitamente son dulces, mansos y amorosos; parecería que, aunque no los niega, no le gustan los nombres pujantes y terribles, que también son verdaderos, como los de Pujanza de Dios, Hombre-Montaña, León de Judá, o el Rey de Reyes y Señor de los Ejércitos del Apokalypsis y del profeta Daniel armado de espada bífida y montado en un caballo blanco overo de sangre enemiga hasta el ijar. Hizo parábolas acerca de ese Rey: una especie de temible sultán, que bruscamente aplica castigos tremendos por una desobediencia en apariencia fútil, como la de venir a su Convite sin vestido de bodas; o el castigo de destruir a sangre y fuego ciudades enteras que no aceptan su dominación. Pero nunca añadió: “Yo soy ese Rey.” Parecería que un divino pudor se lo vedaba.

“Yo soy el Buen Pastor... El Buen Pastor da su vida por sus ovejas.”

Mucho pudiéramos extendernos acerca de la dulzura de esta palabra, y las cualidades del Pastor Hermoso – porque la palabra exacta que usó Cristo fue *kalós*, que significa hermoso, y no *agathós*, que significa solamente bondadoso–; pero eso ya lo hizo Fray Luis.

Mas lo que hemos de advertir aquí, brevemente, dada la carencia de espacio, es que Cristo añadió inmediatamente que había “malos pastores” –y un Pastor Malo por antonomasia– a los cuales llamó “mercenarios”. Eso está en el Evangelio. Yo no tengo autoridad para suprimirlo. Si predicamos el Evangelio, o predicamos todo o no predicamos nada.

Las notas de los Malos Pastores que dio Cristo son éstas: 1) No son de ellos las ovejas; 2) no las conocen una a una por su nombre; 3) ellas no los siguen y se apartan de ellos; 4) no les importa mucho de las ovejas; 5) si ven venir al lobo, disparan; 6) lo que quieren es medrar o lucrar con las ovejas y aun a costa de ellas; 7) no hay el menor peligro que vayan a morir por sus ovejas. Y en otro lugar dijo que en el fondo son ladrones, que no entran en el redil por la puerta sino

saltando la ventana, y que son como lobos disfrazados de ovejas –o de carneros–; aludiendo a la costumbre de los pastores palestinos de ponerse una chaqueta de piel de oveja (zamarra) para hacerse seguir por el olor. El se puso la zamarra de nuestra carne para que lo siguiéramos; pero en Él no era disfraz, era realidad. El Mundo, que es el Mal Pastor por antonomasia, cuando usa palabras cristianas, fórmulas religiosas o chácharas altisonantes, es el gran lobo con piel de oveja.

El primer sermón que hice a los 23 años en Villa Devoto fue sobre este evangelio. Hice un sermón romántico, retórico y sentimental, que ahora lo leo y me da vergüenza; pero la idea fundamental era buena comparé el Buen Pastor a los pastores del Viejo Mundo y el Mal Pastor a los pastores de la Patagonia. En Europa he visto a los pastores de Italia y de Cataluña con su cayado, su silbato y su perro, que conocen a su rebaño pequeño, cabeza por cabeza; y llevan sobre sus hombros al cordero recién nacido o a la oveja quebrada. A ellos les cabe la pintura del pastor que hacen los profetas hebreos:

Sube a un alto monte - anuncia a Sión la Buena Nueva.

Alza tú la voz bien alto - que lleves a Salen la Buena Nueva.

Decid a las ciudades de Judá Viene Dios.

Su Brazo ^[1] dominará.

Ved que viene Dios con sus tesoros - y por delante va mandando su Fruto.

Él pacerá su grey como Pastor - Él lo reunirá con su Brazo.

Él llevará en su seno a los corderos - y cuidará de las recién paridas”.

(Is XL, 9-11).

Pero los profetas no sabían un gran misterio: que ese pastor moriría por sus ovejas; y que siendo Pastor sería también su Pasto.

En cambio los pastores de la Patagonia llevan manadas de cien a mil ovejas a caballo con un látigo, no las conocen sino como un montón, no van a estar esperando un parto, y si se manca un corderito les conviene más acabarlo de un garrotazo que alzarlo en ancas. A ellos se les parece más el retrato del Mal Pastor que hace Ezequiel en XXXIV, 1:

Recibí la palabra de Jahué diciendo: “Hijo del Hombre, profetiza contra los pastores de Israel.” Así habla el Señor Jahué [Dios]: “¡Ay de los pastores que se apacientan a sí mismos! ¿Los pastores no son para apacentar ovejas? Pero vosotros coméis la grosura, esquiláis la lana, matáis a las mejores, no apacentáis realmente. No confortasteis a las flacas, no curasteis a las enfermas, no vendasteis a las heridas, no buscasteis a las extraviadas, no cuidasteis a las paridas; sino que con violencia las dominasteis. Y así andan desorientadas, mis ovejas por falta de pastor, errantes por montes y por cañadas, desperdigadas por la haz del mundo...”.

Por tanto, oíd, pastores, la palabra de Jahué: “Estoy contra los pastores, para reclamarles mis ovejas. No les dejaré ovejas a apacentar, a esos que se apacientan a sí mismos. Les arrancaré hasta de la boca las ovejas, que no sean más pasto suyo.” Porque esto dice el Señor Jahué mismo: “Yo mismo las iré a buscar, yo reuniré mis ovejas.”

¿Y cuándo será esa reunión, y “no habrá más que un solo redil y un solo pastor?”. ¿Se ha verificado ya? Sólo potencialmente o virtualmente hasta ahora. Nosotros creemos que el cumplimiento perfecto de esta profecía de Cristo será “después que haya sido predicado el Evangelio en todo el mundo”, y “después que haya sido vencido el Pésimo Pastor, el Hijo de la Perdición”; es decir, el Anticristo, que como castigo de las negligencias y faltas de los pastores de su Iglesia permitirá Dios aparezca y domine el mundo entero por un poco de tiempo; ante el cual estarán los pueblos – como dice el *Zend-Avesta*, el libro sagrado de los Persas– aterrados y mudos como ante el lobo los rebaños de ovejas.

(CASTELLANI, L., *El Evangelio de Jesucristo*, Ediciones Dictio, Buenos Aires, 1977, p. 208 - 212)

[Volver](#)

Santos Padres

San Agustín

TRATADO 46

DESDE LAS PALABRAS: "YO SOY EL BUEN PASTOR", HASTA: "MAS EL
MERCENARIO HUYE, PORQUE ES MERCENARIO Y NO LE IMPORTAN LAS
OVEJAS"

1. Hablando Nuestro Señor Jesucristo a sus ovejas, tanto a las presentes como a las futuras, que entonces tenía delante (puesto que entre las que ya eran sus ovejas había otras que lo serían), tanto a las presentes como a las futuras, a ellos y a nosotros y a cuantos después de nosotros han de ser ovejas suyas, les manifiesta quién es el que les ha sido enviado. Todas, pues, oyen la voz de su pastor, que dice: *Yo soy el buen pastor*. No hubiera dicho *bueno* si no hubiera pastores malos. Los pastores malos son ladrones y salteadores, o, cuando más, mercenarios. Debemos indagar, distinguir y conocer todas las personas que aquí ha mencionado. Ya el Señor ha revelado dos cosas que veladamente había propuesto. Ya sabemos que la puerta es El mismo, y que El mismo es el pastor. Quiénes son los ladrones y los salteadores, quedó declarado en la lectura de ayer. En la de hoy hemos oído nombrar al mercenario y al lobo, y en la de ayer fue nombrado también el portero. Entre los buenos están, por lo tanto, la puerta, el portero, el pastor y las ovejas; y entre los malos, los ladrones, los salteadores, los mercenarios y el lobo.

2. Sabemos que la puerta es Cristo, y que El mismo es el pastor; ¿quién es el portero? El mismo declaró las dos cosas primeras; el portero lo dejó a nuestra inquisición. Y ¿qué dice del portero? *A éste le abre el portero*. ¿A quién abre? Al pastor. ¿Qué abre al pastor? La puerta. Y ¿quién es la puerta? El mismo pastor. ¿Por ventura, si Cristo nuestro Señor, no hubiese dicho: "Yo soy el pastor", y: "Yo soy la puerta", se atreviera alguno de nosotros a decir que el mismo Cristo era el pastor y la puerta? Si hubiese dicho: *Yo soy el pastor*, y no hubiese dicho: *Yo soy la puerta*, indagaríamos quién era la puerta, y quizá, pensando otra cosa, nos hubiésemos quedado a la puerta. Por una gracia y misericordia suya nos explicó que Él es el pastor y que Él es la puerta, dejándonos a nosotros la inquisición del ostiario. ¿Quién diremos nosotros que es el ostiario? A cualquiera que digamos, tenemos que evitar decir que es mayor que la puerta, como sucede en las casas de los hombres, en las que el portero es de mayor dignidad que la puerta. Pues el portero se pone para guardar la puerta, y no la puerta para guardar al portero. No me atrevo a proponer a ninguno mayor que la puerta, pues yo oí quién es la puerta. Lo sé, no puedo confiarme a una conjetura mía, no me queda ninguna sospecha humana; lo dijo Dios, lo dijo la Verdad, y no puede haber cambio en lo que dijo quién es inmutable.

3. Yo diré mi parecer en esta cuestión profunda, y cada uno elija lo que sea más de su gusto, pero sea piadoso en su sentir, conforme a lo que está escrito: *Sentid bien del Señor y buscadle con sencillez de corazón*. Quizá debamos reconocer al mismo Señor en el ostiario. Mayor diversidad hay en las cosas humanas entre el pastor y la puerta que entre la puerta y el ostiario; y el Señor se llamó a sí mismo pastor y puerta. ¿Por qué no hemos de entender que es también el portero? Pues, si atendemos a las propiedades, Cristo nuestro Señor no es un pastor como los que acostumbramos a ver y conocer, ni tampoco es puerta, porque no fue hecho por ningún carpintero, pero, si atendemos a ciertas semejanzas, es pastor y es puerta, y aun me atrevo a decir que también es oveja; es cierto que la oveja está bajo el pastor; sin embargo, Él es pastor y es oveja. ¿Dónde es pastor? Lee el Evangelio: *Yo soy el buen pastor*. ¿Dónde es oveja? Pregunta al profeta: *Como oveja fue sacado al sacrificio*. Pregunta al amigo del Esposo: *He aquí al Cordero de Dios, he aquí al que quita los pecados del mundo*. Aún he de decir algunas cosas más admirables sobre estas semejanzas. El cordero, la oveja y el pastor son amigos entre sí; pero los pastores suelen guardar a las ovejas de los leones, y, sin embargo, de Cristo, que es oveja y pastor, se dice que *venció el león de la tribu de Judá*. Tomad, hermanos, todas estas cosas como semejanza, no como propiedades. Solemos ver a los pastores sentados sobre una piedra y desde allí vigilar los rebaños confiados a su custodia. Ciertamente es mejor el pastor que la piedra sobre la cual se sienta; Cristo, sin embargo, es pastor y es piedra. Todo esto por semejanza. Porque, si de mí exiges sus propiedades, te diré: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios*. ¿Más propiedades? Hijo único, engendrado del Padre desde la eternidad y por toda la eternidad, igual al que lo engendró, por el cual han sido hechas todas las cosas, inmutable con el Padre y no mudado por tomar la forma de siervo, hombre por la encarnación, hijo del hombre e Hijo de Dios. Todo esto no lo es por semejanza, sino por esencia.

4. No nos aflija, pues, hermanos, tomarlo por semejanza como puerta y como portero. Pues ¿qué es la puerta? Por donde entramos. ¿Quién es el ostiario? El que abre. ¿Y quién es el que se abre sino el que a sí mismo deja ver? Pues bien, el Señor había dicho puerta y no le habíamos entendido; cuando no le hemos entendido es que estaba cerrada: el

que abrió, ése es el ostiario. No hay, por consiguiente, necesidad de indagar más nada, en absoluto, pero tal vez haya voluntad. Si quieres indagar más, mucho cuidado con desviarse, no te apartes de la Trinidad. Si buscas en otro lado la persona del ostiario, que sea el Espíritu Santo; pues no se desdeñará ser ostiario el Espíritu Santo, cuando el Hijo se ha dignado ser la puerta. Concedamos que tal vez el ostiario es el Espíritu Santo. El propio Señor dice acerca del Espíritu Santo a sus discípulos: *Él os enseñará toda la verdad*. ¿Quién es la puerta? Cristo. ¿Qué es Cristo? La Verdad. ¿Quién abre la puerta sino el que enseña toda la verdad?

5. ¿Qué diremos del mercenario? No fue mencionado entre los buenos. *El buen pastor*, dice, *da su vida por las ovejas*. *El mercenario y el que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, en viendo venir al lobo, abandona a las ovejas y huye, y el lobo las arrebató y dispersa*. No lleva aquí el mercenario las partes de una persona buena, pero es de alguna utilidad; ni se llamaría mercenario si no percibiera el salario del patrón. ¿Quién es, pues, este mercenario tan culpable como necesario? Concédanos el Señor sus luces, hermanos, para conocer a los mercenarios y para que nosotros no seamos mercenarios. ¿Quién es, pues, el mercenario? Hay en la Iglesia algunos prelados de quienes dice el apóstol San Pablo que *buscan sus propios intereses y no los de Jesucristo*. Con lo cual quiere decir que no aman gratuitamente a Cristo, que no buscan a Dios por Dios, que van en pos de las comodidades temporales, ávidos del lucro y deseosos de honores humanos. Cuando el superior tiene amor a todo esto y por ello sirve a Dios, este tal, quienquiera que sea, es un mercenario; no se cuente entre los hijos. De estos tales dice también el Señor: *En verdad os digo que ya recibieron su paga*. Escucha lo que dice el Apóstol del santo varón Timoteo: "Espero en el Señor que pronto os enviaré a Timoteo, para que yo me alegre conociendo vuestras cosas; pues no tengo a otro más unido a mí, que por vosotros siente una solicitud hermana de la mía. Todos buscan sus intereses, no los de Jesucristo." Se lamenta el pastor de estar rodeado de mercenarios. Buscó a alguno que tuviese amor sincero a la grey de Cristo, y no lo encontró entre los que en aquel tiempo habían estado a su lado. No es que en aquel tiempo no hubiera en la Iglesia de Cristo, quien, como hermano, se desvelase por la grey, fuera del apóstol Pablo y Timoteo; pero sucedió que, cuando envió a Timoteo, no tenía cerca de sí a ninguno de sus hijos; los que tenía cerca de sí eran todos mercenarios, que *buscan sus intereses y no los de Jesucristo*. Sin embargo, con fraterna solicitud, prefirió enviar a un hijo y quedarse él entre los mercenarios. Sabemos que hay mercenarios, pero nadie los conoce sino Dios, que inspecciona el corazón, aunque a veces también nosotros los llegamos a descubrir, pues no de balde dijo el Señor de los lobos: *Por sus frutos los conoceréis*. Muchos en las tentaciones dejan transparentar sus intenciones, pero muchos se mantienen ocultos. Tiene el redil del Señor por dirigentes a hijos y a mercenarios. Los que son hijos son los pastores. Si ellos son pastores, ¿cómo dice que un solo pastor, sino porque todos ellos son miembros del pastor cuyas son propias las ovejas? Pues también ellos son miembros de la única oveja, porque *como oveja se dejó conducir al sacrificio*.

6. Escuchad ahora que también los mercenarios son necesarios. Hay muchos en la Iglesia que, buscando comodidades terrenas, predicán a Cristo, y por ellos se deja oír la voz de Cristo. Las ovejas siguen no al mercenario, sino la voz del pastor, oída a través del mercenario. Ya el mismo Señor señaló a los mercenarios cuando dijo: *En la cátedra de Moisés se han sentado escribas y fariseos; haced lo que os dicen, pero no imitéis sus obras*. ¿Qué otra cosa quiso decir sino que por medio de los mercenarios escuchéis la voz del pastor? Sentados en la cátedra de Moisés, enseñan la ley de Dios; luego por ellos enseña Dios. Pero, si intentasen hablar de lo suyo propio, entonces no los escuchéis, ni obréis de acuerdo con sus enseñanzas. Ellos ciertamente buscan sus intereses propios, pero no los de Jesucristo; ninguno de ellos, sin embargo, se ha atrevido a decir al rebaño de Cristo que no busque los intereses de Jesucristo, sino los suyos propios. El mal que hace no lo predica desde la cátedra de Cristo; causa daño por el mal que obra, no por el bien que predica. Tú coge los racimos y ten cuidado con las espinas. Esto basta, pues creo que me habéis entendido; pero, en atención a los más tardos, lo diré más claramente. ¿Por qué yo he dicho: Coge el racimo y ten cuidado con las espinas, cuando el Señor dice: *¿Por ventura se cogen uvas de los espinos o higos de los abrojos?* Esto es absolutamente cierto; pero también yo digo con verdad que cojas las uvas y tengas cuidado con las espinas, porque a veces el racimo nacido de las raíces de la vid cuelga de las zarzas, y, creciendo el sarmiento, se entrelaza con las espinas, y la zarza lleva un fruto que no es suyo. La vid no tiene espinas, pero el sarmiento se ha enlazado con las espinas. Busca las raíces, y hallarás la raíz del espino separada de la vid; busca el origen de la uva, y verás que procede de la vid. La cátedra de Moisés era la vid; las costumbres de los fariseos eran las espinas. La verdadera doctrina suministrada por los malos es el sarmiento en la zarza, el racimo entre las espinas. Coge con cuidado, no sea que, buscando el fruto, te lastimes la mano, y oyendo a quien dice cosas buenas, imites sus obras malas. *Haced lo que dicen: escoged las uvas; no hagáis lo que hacen: cuidado con las espinas*. Escuchad la voz del pastor en la voz de los mercenarios; no seáis vosotros mercenarios, pues sois miembros del pastor. El mismo apóstol San Pablo, que dijo que no tenía a nadie que fraternalmente se cuidara de vosotros, porque todos buscaban sus intereses y no los de Jesucristo, en otro lugar, estableciendo la diferencia entre los hijos y los mercenarios, sigue diciendo: "Unos por envidia y competencia, otros por su buena voluntad predicán a Cristo; otros por caridad, porque saben que he sido puesto para defender el Evangelio; otros por contumacia anuncian a Cristo, sin guardar castidad, intentando con esto hacer más pesadas mis cadenas". Estos eran mercenarios; tenían envidia del apóstol San Pablo. ¿Por qué? Porque buscaban intereses temporales. Ved lo que dice a continuación: *Y ¿qué? De*

cualquier modo que sea, ya ocasionalmente, ya con recta intención, mientras Cristo sea anunciado, me gozo y me gozaré en ello. Cristo es la Verdad. Esta verdad es anunciada ocasionalmente por los mercenarios; por los hijos es anunciada en verdad. Los hijos esperan pacientemente la herencia eterna del Padre; los mercenarios exigen la pronta paga del patrón. Para mí no tiene valor la gloria humana, que tanto envidian los mercenarios, con tal que la gloria divina de Cristo se difunda, bien sea por la voz de los mercenarios, bien por la voz de los hijos; y *Cristo sea anunciado, ya ocasionalmente, ya verdaderamente.*

7. Ya hemos visto también quién es el mercenario. ¿Quién es el lobo sino el diablo? ¿Qué es lo que dice del mercenario? *En viendo venir al lobo huye, porque no son suyas propias las ovejas ni le importa el cuidado de las ovejas.* ¿Fue tal el apóstol San Pablo? No. ¿Fue tal San Pedro? No. ¿Fueron tales todos los demás apóstoles, a excepción de Judas, que era el hijo de perdición? No. ¿Eran ellos pastores? Enteramente pastores. Pues ¿cómo es uno solo el pastor? Ya dije que eran pastores porque eran miembros del pastor. Se gozaban de aquella cabeza, estaban de acuerdo bajo su dirección, vivían con un solo espíritu en la trabazón de un solo cuerpo y, por ende, todos pertenecían a un solo pastor. Si, pues, eran pastores, y no mercenarios, ¿por qué huían cuando eran perseguidos? Acláranoslo, Señor. Vi a Pablo huyendo, según dice él en su Epístola; en una espuerta fue bajado por el muro para escapar de las manos del perseguidor. ¿Dejó el cuidado de las ovejas que abandonaba cuando venía el lobo? Ciertamente; pero en sus oraciones las ponía bajo el amparo del pastor que está sentado en el cielo, mientras él con la huida se reservaba para su utilidad, como dice en otro lugar: *Por vosotros es necesario que permanezca en esta carne.* De la boca misma del pastor habían oído todos: *Si en una ciudad os persiguen, huid a otra.* Dígnese el Señor explicarnos esta cuestión. Tú dijiste, Señor, a quienes querías que fuesen pastores fieles, y los formabas para ser miembros tuyos: *Si os persiguen, huid.* Ahora les haces una injuria reprendiendo a los mercenarios que ven venir al lobo y escapan. Le rogamos que nos revele las profundidades de la cuestión; llamemos, acuda el ostiario de la puerta, que es El mismo, a manifestarse a sí mismo.

8. ¿Quién es el mercenario? El que, viendo venir al lobo, huye, porque busca su interés, no el de Jesucristo; no se atreve a reprender con libertad al que peca. Pecó no sé quién, pecó gravemente; debe ser reprendido, debe ser excomulgado; pero, excomulgado, será un enemigo, maquinará y causará daños cuando le sea posible. El que busca su interés y no el de Jesucristo, por no perder lo que pretende, por no perder la satisfacción de la amistad de un hombre y soportar las molestias de una enemistad, calla y no lo reprende. Aquí tenéis al lobo con las garras en la garganta de la oveja. El diablo ha incitado a uno de los fieles a cometer un adulterio; tú callas, no le reprendes. ¡Oh mercenario!, viste venir al lobo, y has huido. Puede ser que responda: Aquí estoy, no he huido. Has huido, porque has callado, y has callado, porque has temido. El temor es la huida del alma. Con el cuerpo te has quedado, pero has huido con el espíritu; lo cual no hacía quien decía: *Aunque con el cuerpo estoy ausente, estoy presente con el espíritu.* ¿Cómo había de huir con el espíritu quien, estando ausente con el cuerpo, reprendía en sus cartas a los fornicadores? Nuestros afectos son movimientos del alma: la alegría es la expansión del alma; la tristeza es la contracción del alma; la codicia es el progreso del alma; el temor es la fuga del alma. Expansionas tu ánimo cuando te alegras, lo contraes cuando te entristeces, lo haces adelantar cuando deseas, lo haces huir cuando temes. Ahí tienes por qué se dice que el mercenario huye cuando ve al lobo. ¿Por qué huye? *Porque no le importa el cuidado de las ovejas.* ¿Por qué no le importa? *Porque es mercenario,* que quiere decir que busca una merced temporal, y por eso no habitará en la casa para siempre. Todavía quedan aquí muchas cosas que indagar y discutir con vosotros, pero no es mi intención cansar vuestra atención. Servimos los manjares del Señor a nuestros consiervos. Apacentamos a las ovejas y, a la vez, nos apacentamos nosotros en los pastos del Señor. Así como no se debe negar lo necesario, así tampoco hay que cargar al corazón débil con excesivas viandas. No lleve a mal vuestra caridad que no trate hoy de explicar las cosas que, a mi parecer, aún quedan por discutir. Pero de nuevo en días destinados a la explicación será repetida la misma lectura en el nombre del Señor, y, con su ayuda, la trataremos con mayor diligencia.

SAN AGUSTÍN, *Tratados sobre el Evangelio de San Juan* (t. XIV), Tratado 46, 1-8, BAC Madrid 1965², 134-44

[Volver](#)

Aplicación

P. Alfredo Saenz, S.J.

EL BUEN PASTOR

En el evangelio de hoy, Cristo ha dado de sí una de sus mejores definiciones: Yo soy el Buen Pastor. Imagen de Jesús que podemos ahora legítimamente complementar con la parábola de la oveja perdida, con la cual constituye una única

enseñanza. El tema del Buen Pastor se integra de manera adecuada en el ambiente del Misterio Pascual, ya que en ningún momento el Señor cumplió tan bien su oficio de pastor como cuando dio su vida por sus ovejas, antes que verlas perdidas y condenadas. Claro que entregó su vida para luego retornarla y comunicar esa nueva vida a sus ovejas. El mismo nos lo dice al fin del texto de hoy: "Yo doy mi vida para recobrarla. Nadie me la quita, sino que la doy por mí mismo. Tengo el poder de darla y de recobrarla: éste es el mandato que recibí de mi Padre".

Buen Pastor es uno de los nombres del Mesías. En el Antiguo Testamento se fustiga duramente a los falsos pastores y allí se lee que Dios había resuelto arrebatarles sus ovejas, para entregarlas a quien supiese cuidar de ellas como corresponde: "Suscitaré un Pastor que las apacienta: el Señor apacentará, él será su Pastor", leemos en el libro de Ezequiel. Y enseguida el profeta anuncia que llegaría un día en que el Señor mismo reuniría sus ovejas, las contaría, buscaría las ovejas perdidas, vendaría las quebradas, y finalmente las llevaría a los prados verdes. Cristo sería ese futuro Pastor anunciado, como se consigna en la epístola a los hebreos: "El Dios de la paz suscitó de entre los muertos, por la sangre de la alianza eterna, al sumo pastor de las ovejas, nuestro Señor Jesucristo".

La imagen de Cristo como Buen Pastor —verdadero Pastor— puede ser entendida en dos planos complementarios: en el plano universal y en el plano personal.

1. Ante todo Cristo puede ser considerado como el Buen Pastor de toda la humanidad. Tal es la interpretación más general que dieron los Padres de la parábola de la oveja perdida. Dios tenía —dicen— cien ovejas, entre las cuales se contaban los ángeles y los hombres. Eran del Padre, y del Verbo, heredero de todo. Un día, una de ellas se escapa del redil común: es el género humano, representado en su unidad por nuestros primeros padres, que deja a las noventa y nueve ovejas fieles, es decir, los ángeles. Adán y Eva, con todos sus descendientes, caminan, entre malezas y espinas, hijos de la ira, con el alma muerta y el corazón reseco, entreviendo en lontananza la terrible perspectiva de la muerte, esclavos del demonio. Es lo que describe Isaías: "Andábamos errantes como ovejas, siguiendo cada cual su camino". El hombre —homicida y corrupto— estaba enfermo y, para colmo, como dice San Agustín, "no quería sanar: para no curarse se jactaba de estar sano".

El Padre, de quien eran las ovejas, encarga entonces a su Hijo que se ponga en su busca. Cristo diría luego: "Tuyos eran y me los diste". Y el Verbo se hace carne. Es el misterio de las distancias salvadas. Deja su rebaño fiel en la eternidad y se interna en nuestro campo de abrojos; va por los caminos día y noche, humillado en el Jordán, tentado en el desierto, cansado con la samaritana, paciente con los niños, rodeado de pecadores. Siempre en busca. Hasta que por fin encuentra la oveja y la pone sobre sus hombros: "Tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores". Cargó la Cruz y en ella a nosotros. Y nos condujo de nuevo al redil "a fin de que ellos sean uno, Padre, como tú y yo somos uno". La tierra y el cielo exultaron, se alegraron los ángeles, las noventa y nueve ovejas fieles. Un verdadero gozo cósmico.

2. Tal fue la primera interpretación que los Padres ofrecieron de la imagen del Buen Pastor y de la parábola de la oveja perdida. Pero cabe una segunda aplicación: Cristo es el Pastor de cada uno de nosotros que ya está en el rebaño. Porque el Señor constituyó a su Iglesia en forma de rebaño, y le encargó a Pedro: "Apacienta mis ovejas". En el evangelio de hoy, refiriéndose a los suyos, dice Jesús: "Conozco a mis ovejas". Usa un verbo que en la Escritura tiene un sentido conyugal: "conozco a mis ovejas, y mis ovejas me conocen a mí". El realmente nos conoce por nuestro nombre, conoce nuestra historia, nuestro fondo, lo que somos, lo que podemos ser, lo que quiere que seamos. Es un conocimiento transido de amor.

Sin embargo, aun después de haber entrado en el rebaño, la oveja puede extraviarse nuevamente por el pecado. Ya no reconoce a su Pastor, ni valora estar bajo su cayado. Se le hace pesada su voz y cargosos sus mandamientos, teme los pastos escabrosos de la cruz, tiene hastío de los manantiales de la doctrina y prefiere los estanques de este mundo. Cada uno de nosotros ha experimentado algo de esto. Pero el Pastor no se queda indiferente. El Señor tiene por nombre "el Celoso", dice la Escritura. Se manifiesta aquí el carácter dramático del oficio pastoral de Jesús: debe enfrentarse con lobos que intentan arrebatarle sus ovejas. Esos lobos son el demonio, así como los poderes humanos adversos a la redención; esos lobos son también hoy los falsos doctores que esparciendo sus errores hacen tantos estragos en el mundo y en la misma Iglesia: lobos disfrazados de oveja, porque suelen presentarse como "ángeles de luz".

Pues bien, cuando alguna oveja se somete a uno de esos lobos, el Señor, que es "celoso", porque ama hasta el delirio, hasta la muerte, a sus ovejas, se siente traicionado. "Me han abandonado a mí, que soy fuente de agua viva, y han ido a fabricarse estanques o aljibes que no pueden retener las aguas". El Señor siente celos, siente indignación, siente cólera, aquella "cólera de Yavé" de que habla el Antiguo Testamento, y que no es sino la expresión de la absoluta incompatibilidad entre Dios y el pecado. Con todo, vence en Él la misericordia. Según aquella paradoja del salmo: "En tu justicia, líbrame". Pareciera que debería decir: "En tu justicia, castígame". Pero no: En tu justicia, líbrame. Porque la justicia de Dios en esta tierra es su misericordia. A mayor miseria nuestra, mayor misericordia suya: cor miserum, corazón compasivo, que siente nuestra miseria como si fuese propia, y tanto que ocupó nuestro lugar en la cruz.

Se pone, pues, en busca de nosotros: con sus silbos de pastor y llamándonos por nuestro nombre. No hagamos oídos sordos a su llamado, queridos hermanos, dejemos que nos ponga sobre sus hombros. Lo malo es aferrarse al pecado, a los abrojos, cerrarse al retorno. Cuando Cristo encuentra la oveja no la recrimina sino que la abraza y la mimó, la carga sobre sus espaldas. Y luego recibe las felicitaciones de sus amigos. No dice: Alegraos con la oveja recuperada, sino alegraos conmigo, por cuanto su gozo consiste en que vivamos nosotros.

Ningún salmo es hoy más adecuado para una meditación que el salmo 22: el Señor es mi Pastor, me recrea en las aguas abundantes (son las aguas del Bautismo), unge mis cabellos con su unción (es el óleo de la Confirmación), prepara una mesa ante mí (es la mesa de la Eucaristía). El Señor nos ofrece hoy sus pastos sacramentales. El mismo se hace nuestro pasto. Nunca como en la Eucaristía nos conoce tan bien, por nuestro nombre. Nunca como allí lo conocemos tan bien, por su nombre, como los discípulos de Emaús lo reconocieron en la fracción del pan. Él es la puerta del redil: se entra por la puerta de la fe (la Eucaristía es el sacramento de la fe) y se sale por la puerta de la visión (la Eucaristía es la antesala del cielo, del reintegro al redil celestial). "Al aparecer el Pastor soberano recibiréis la corona de gloria" escribe San Pedro en su primera epístola. Allí formaremos un único rebaño con los ángeles y con ellos cantaremos las alabanzas por una eternidad.

(SAENZ, A., *Palabra y Vida*, Ciclo B, Ediciones Gladius, Buenos Aires, 1993, p. 139-143)

[Volver](#)

San Juan Pablo II

"¡Dad gracias a Yahveh, porque es bueno, porque es eterna su misericordia!" (Sal 118,1). Hoy resuenan las mismas palabras en el Domingo IV de este período, confirmando la verdad profunda de la existencia humana que se desveló en la resurrección de Jesús de Nazaret.

"Mejor es refugiarse en el Señor que fiarse de los hombres" (Sal 117,8). Efectivamente el que muriendo en la cruz exclamó en el último hálito de su respiro humano: "Padre, en tus manos entrego mi espíritu" (cfr. Lc 23,46), se presenta de nuevo vivo en medio de sus discípulos en el Cenáculo de Jerusalén y parece proseguir las últimas palabras pronunciadas en la cruz, con el siguiente versículo del Salmo: "Te doy gracias porque me escuchaste y fuiste mi salvación..." (Sal 117,21). "Tú eres mi Dios, te doy gracias. Así parece decir el Hombre resucitado, Jesús de Nazaret.

Nosotros salimos al encuentro exclamando como el domingo de Ramos, si bien de manera muy distinta: Bendito el que viene en nombre del Señor (cfr. Jn 12,13).

"¡Dad gracias a Yahveh, porque es bueno, porque es eterna su misericordia!" (Sal 118,1). Porque Dios es bueno nos ha dado su amor.

“Mirad qué amor nos ha tenido el Padre -exclama en su primera Carta San Juan Evangelista- para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!” (3,1). Sí. Nos ha hecho hijos suyos en su Hijo unigénito. Nos ha hecho “hijos en el Hijo...”.

“Eterna es su misericordia”: “Ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es” (cfr. 3,2).

El bien se difunde por su naturaleza (“bonum est diffusivum sui”). Dios se ha revelado como Dios omnipotente creando al mundo, es decir, dando la existencia a multiplicidad de seres. Dios se ha revelado como bien respecto del hombre creándolo a su imagen y semejanza.

Por esto el hombre está ya tan dotado desde esta vida. Cada hombre lo está. Incluso el más pobre y menos desarrollado. Esta medida del bien propia del hombre, la medida que procede del Creador, pertenece ya a este mundo.

Y ya en este mundo, en la vida temporal, Dios nos hace hijos suyos, hijos en el Hijo; pero... aún no se ha revelado lo que seremos, estamos a la espera del mundo que vendrá. Cuando veremos a Dios tal como es, sólo entonces seremos semejantes a Él (3,2), en toda la plenitud programada eternamente... ¡porque es eterna su misericordia!

Cristo nos dice hoy: “Yo soy el buen Pastor. El buen pastor da la vida por las ovejas” (Jn 10,11). Mediante esta parábola Jesús de Nazaret quería reiterar con más fuerza cómo Dios, el Padre, es bueno. Quería hacer ver en una metáfora lo que en realidad ha llevado a cabo con su pasión y resurrección.

Esto es, ha dado la vida por las ovejas, por aquellos que con Él y por Él han sido hechos hijos en el Hijo. Dando la vida ha revelado hasta el fondo cuán bueno es Dios, hasta dónde llega la bondad de Dios. No sólo nos da la existencia y semejanza con Él en la obra de la creación, no sólo nos da la gracia de adoptarnos como hijos de Jesucristo. Sino que, además de todo esto, redime todo pecado mediante la muerte del Hijo unigénito, para que los hombres tengan vida y la tengan en abundancia (Jn 10,10).

La parábola del Buen Pastor habla de este amor que no retrocede ante la muerte por salvar al hombre y mantenerlo en el bien. En la historia del hombre está siempre el lobo que arrebatara las ovejas (cfr. Jn 10,12), pero está también Cristo, Buen Pastor que vigila ininterrumpidamente.

El Padre que es principio de todo bien, lo conoce como Él conoce al Padre (cfr. Jn 10,15). Y con este conocimiento pleno de donación Cristo abraza a todo hombre: “Conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí” (cfr. Jn 10,14).

El Buen Pastor nos conoce a cada uno con el conocimiento del amor salvífico y nos lleva al Padre. Lleva incluso a las ovejas que no son de este redil (10,16). Su amor y solicitud salvífica se extiende a todos los hombres. Hasta los que se hallan fuera de la Iglesia están comprendidos en la obra de salvación. El amor es la revelación más completa del bien. Este amor se manifiesta en Cristo al dar la vida y al devolver de nuevo la vida.

La potencia del amor manifestado en la muerte y resurrección de Cristo, se ha convertido en la motivación exclusiva y única fuerza en cuyo nombre hablaban los Apóstoles: “en nombre de Jesucristo Nazareno a quien vosotros habéis crucificado, a quien Dios resucitó de entre los muertos” (Hch 4,10).

En el nombre de Cristo también hacían signos, devolviendo la salud a las personas enfermas y condenadas a sufrir. Y con la certeza que viene de la luz y potencia del mismo Espíritu Santo, los Apóstoles anunciaban la salvación en Jesucristo, sólo en Él: “Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos” (Hch

4,12).

La liturgia pascual de hoy está henchida de la verdad sobre la salvación. "Salvar" significa precisamente dar amor, el amor que nos ha dado el Padre haciéndonos hijos suyos en el Hijo único; el amor que ha revelado el Hijo cual Buen Pastor dando la vida por las ovejas en la cruz y recuperando esta vida para todos en la resurrección; el amor que con la potencia del Crucificado y resucitado vence el mal en las almas y en la historia del hombre.

Y por ello el Buen Pastor es al mismo tiempo piedra angular: "Él es la piedra descartada por los constructores, que ha venido a ser piedra angular" (Hch 4,11). ¿Es que no descartaron esta piedra los que no aceptaron el testimonio de la Buena Nueva y dictaron sentencia de muerte en la cruz contra Cristo? ¿No la descartan de nuevo otra vez los hombres que quieren organizar el mundo y la vida humana en éste fuera de Él y contra Él? Y, sin embargo, esta piedra descartada, ¡descartada tantas veces!, Jesucristo, es piedra angular. La construcción de la salvación humana sólo en Él puede apoyarse. La construcción del orden dentro del hombre y entre los hombres sólo en Él puede encontrar base segura. El hombre puede crecer renovado espiritualmente y crecer según la medida de sus destinos eternos. Sólo gracias a Él, el mundo humano puede hacerse cada vez más humano.

La alegría pascual es la alegría que brota de la certidumbre de la salvación del hombre, realizada por Jesucristo en la cruz y resurrección. Cristo mismo liberado de las ataduras de la muerte, se coloca en cierto sentido entre nosotros y dice al Padre: "Te doy gracias porque me escuchaste... Eres mi Dios, te doy gracias, Dios mío, yo te ensalzo" (Sal 117,21.28).

En cambio, nosotros, tomando en espíritu estas palabras, decimos al Resucitado: "Fuiste mi salvación" (Sal 117,21). Es cierto que no faltan las fatigas ni sufrimientos en nuestra vida humana. No son pocas las nubes que entenebrecen el horizonte del bien. Y no pocas las experiencias en que el mal parece aplastarnos.

¡Pero no perdamos la certeza de que Dios es bueno y el bien es siempre más grande! El bien de la salvación ofrecida al hombre en Cristo crucificado y resucitado es siempre más grande que cualquier mal de esta vida.

Esta conciencia, esta certidumbre es la fuente del gozo pascual del hombre y de la Iglesia: "¡Qué amor nos ha tenido el Padre!" (1 Jn 3,1).

(Homilía en la parroquia de S. Ponciano, 2 de Mayo de 1982)

[Volver](#)

San Juan Pablo II

"Yo soy el buen Pastor" (Jn 10, 11).

En la página evangélica que nos propone la liturgia de hoy Jesús se define a sí mismo como el buen Pastor que da la vida por sus ovejas. El mercenario, que no siente como suyas las ovejas, ante las dificultades y los peligros las abandona y huye. El pastor, en cambio, que conoce a cada una de sus ovejas, entabla con ellas una relación de familiaridad tan profunda, que está dispuesto a dar su vida por ellas.

Jesús, ejemplo sublime de entrega amorosa, invita a sus discípulos, en particular a los sacerdotes, a seguir sus mismas huellas. Llama a cada presbítero a ser buen pastor de la grey que la Providencia le confía.

Amadísimos ordenandos, este día será inolvidable para cada uno de vosotros. Hoy sois "promovidos para servir a Cristo maestro, sacerdote y rey, participando en su ministerio, que construye sin cesar la Iglesia aquí en la tierra como pueblo de Dios, cuerpo de Cristo y templo del Espíritu Santo" (*Presbyterorum ordinis* , 1).

Quisiera simplemente atraer vuestra atención hacia algunos rasgos que ponen de relieve *quién es*, en el proyecto salvífico de Dios, *el sacerdote*, y qué esperan de él la Iglesia y el mundo. El sacerdote es el *hombre de la Palabra*, a quien corresponde la tarea de llevar el anuncio evangélico a los hombres y a las mujeres de su tiempo. Debe hacerlo con gran sentido de responsabilidad, comprometiéndose a estar siempre en plena sintonía con el magisterio de la Iglesia. Es también el *hombre de la Eucaristía*, mediante la cual penetra en el corazón del misterio pascual. Especialmente en la santa misa siente la exigencia de una configuración cada vez más íntima con Jesús, buen Pastor, sumo y eterno Sacerdote.

Por eso, alimentaos de la palabra de Dios; conversad todos los días con Cristo realmente presente en el Sacramento del altar. Dejaos conquistar por el amor infinito de su Corazón y prolongad la adoración eucarística en los momentos importantes de vuestra vida, en los de las decisiones personales y pastorales difíciles, al inicio y al final de vuestras jornadas. Puedo aseguraros que "yo he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerza, consuelo y apoyo" (*Ecclesia de Eucharistia* , 25).

4. Configurados con Cristo, buen Pastor, queridos ordenandos, seréis *los ministros de la misericordia divina*. Administraréis el sacramento de la reconciliación, cumpliendo así el mandato que el Señor transmitió a los Apóstoles después de su resurrección: "Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos" (*Jn* 20, 22-23). ¡De cuántos milagros y prodigios realizados

por la misericordia de Dios en el confesonario seréis testigos! Pero, para poder cumplir dignamente la misión que hoy se os confía, deberéis manteneros constantemente unidos a Dios en la oración, y experimentar vosotros mismos su amor misericordioso mediante una práctica regular de la confesión, dejándoos también guiar por expertos consejeros espirituales, sobre todo en los momentos más difíciles de la existencia.

5. Amadísimos hermanos y hermanas de la diócesis de Roma y vosotros que acompañáis a estos ordenandos: El sacerdote, llamado de modo especial *a tender a la santidad*, es para todo el pueblo cristiano *el testigo del amor y de la alegría* de Cristo. Imitando el ejemplo del buen Pastor, ayuda a los creyentes a seguir a Cristo, correspondiendo a su amor. Estad cerca de vuestros sacerdotes; acompañadlos con constante oración y pedid al Señor con insistencia que no falten obreros en su mies.

Y tú, María, "Mujer eucarística", Madre y modelo de todo sacerdote, permanece junto a estos hijos tuyos hoy y a lo largo de los años de su ministerio pastoral. Como el apóstol san Juan, hoy te acogen "en su casa". Haz que conformen su vida al divino Maestro, que los ha elegido como ministros suyos. Que el "¡presente!", que acaba de pronunciar cada uno con entusiasmo juvenil, se exprese cada día en la generosa adhesión a las tareas del ministerio y florezca en la alegría del "magnificat" por las "maravillas" que la misericordia de Dios quiera realizar a través de sus manos. Amén.

(Homilía en la Ordenación Sacerdotal de 31 Diáconos de la Diócesis de Roma, Basílica de San Pedro, IV Domingo de Pascua, 11 de mayo de 2003)

[Volver](#)

SS. Benedicto XVI

Queridos hermanos y hermanas; queridos ordenandos:

En esta hora en la que vosotros, queridos amigos, mediante el sacramento de la ordenación sacerdotal sois introducidos como pastores al servicio del gran Pastor, Jesucristo, el Señor mismo nos habla en el evangelio del servicio en favor de la grey de Dios.

La imagen del pastor viene de lejos. En el antiguo Oriente los reyes solían designarse a sí mismos como pastores de sus pueblos. En el Antiguo Testamento Moisés y David, antes de ser llamados a convertirse en jefes y pastores del pueblo de Dios, habían sido efectivamente pastores de rebaños. En las pruebas del tiempo del exilio, ante el fracaso de los pastores de Israel, es decir, de los líderes políticos y religiosos, Ezequiel había trazado la imagen de Dios mismo como Pastor de su pueblo. Dios dice a través del profeta: "Como un pastor vela por su rebaño (...), así velaré yo por mis ovejas. Las reuniré de todos los lugares donde se habían dispersado en día de nubes y brumas" (Ez 34, 12).

Ahora Jesús anuncia que ese momento ha llegado: él mismo es el buen Pastor en quien Dios mismo vela por su criatura, el hombre, reuniendo a los seres humanos y conduciéndolos al verdadero pasto. San Pedro, a quien el Señor resucitado había confiado la misión de apacentar a sus ovejas, de convertirse en pastor con él y por él, llama a Jesús el "*archipoimen*", el Mayoral, el Pastor supremo (cf. 1 P 5, 4), y con esto quiere decir que sólo se puede ser pastor del rebaño de Jesucristo por medio de él y en la más íntima comunión con él. Precisamente esto es lo que se expresa en el sacramento de la Ordenación: el sacerdote, mediante el sacramento, es insertado totalmente en Cristo para que, partiendo de él y actuando con vistas a él, realice en comunión con él el servicio del único Pastor, Jesús, en el que Dios como hombre quiere ser nuestro Pastor.

El evangelio que hemos escuchado en este domingo es solamente una parte del gran discurso de Jesús sobre los pastores. En este pasaje, el Señor nos dice tres cosas sobre el verdadero pastor: da su vida por las ovejas; las conoce y ellas lo conocen a él; y está al servicio de la unidad. Antes de reflexionar sobre estas tres características esenciales del pastor, quizá sea útil recordar brevemente la parte precedente del discurso sobre los pastores, en la que Jesús, antes de designarse como Pastor, nos sorprende diciendo: "Yo soy la puerta" (Jn 10, 7). En el servicio de pastor hay que entrar a través de él. Jesús pone de relieve con gran claridad esta condición de fondo, afirmando: "El que sube por otro lado, ese es un ladrón y un salteador" (Jn 10, 1).

Esta palabra "sube" (*anabainei*) evoca la imagen de alguien que trepa al recinto para llegar, saltando, a donde legítimamente no podría llegar. "Subir": se puede ver aquí la imagen del arribismo, del intento de llegar "muy alto", de conseguir un puesto mediante la Iglesia: servirse, no servir. Es la imagen del hombre que, a través del sacerdocio, quiere llegar a ser importante, convertirse en un personaje; la imagen del que busca su propia exaltación y no el servicio humilde de Jesucristo.

Pero el único camino para subir legítimamente hacia el ministerio de pastor es la cruz. Esta es la verdadera subida, esta es la verdadera puerta. No desear llegar a ser alguien, sino, por el contrario, ser para los demás, para Cristo, y así, mediante él y con él, ser para los hombres que él busca, que él quiere conducir por el camino de la vida.

Se entra en el sacerdocio a través del sacramento; y esto significa precisamente: a través de la entrega a Cristo, para que él disponga de mí; para que yo lo sirva y siga su llamada, aunque no coincida con mis deseos de autorrealización y estima. Entrar por la puerta, que es Cristo, quiere decir conocerlo y amarlo cada vez más, para que nuestra voluntad se una a la suya y nuestro actuar llegue a ser uno con su actuar.

Queridos amigos, por esta intención queremos orar siempre de nuevo, queremos esforzarnos precisamente por esto, es decir, para que Cristo crezca en nosotros, para que nuestra unión con él sea cada vez más profunda, de modo que también a través de nosotros sea Cristo mismo quien apaciente.

Consideremos ahora más atentamente las tres afirmaciones fundamentales de Jesús sobre el buen pastor. La primera, que con gran fuerza impregna todo el discurso sobre los pastores, dice: el pastor da su vida por las ovejas. El misterio de la cruz está en el centro del servicio de Jesús como pastor: es el gran servicio que él nos presta a todos nosotros. Se entrega a sí mismo, y no sólo en un pasado lejano. En la sagrada Eucaristía realiza esto cada día, se da a sí mismo

mediante nuestras manos, se da a nosotros. Por eso, con razón, en el centro de la vida sacerdotal está la sagrada Eucaristía, en la que el sacrificio de Jesús en la cruz está siempre realmente presente entre nosotros.

A partir de esto aprendemos también qué significa celebrar la Eucaristía de modo adecuado: es encontrarnos con el Señor, que por nosotros se despoja de su gloria divina, se deja humillar hasta la muerte en la cruz y así se entrega a cada uno de nosotros. Es muy importante para el sacerdote la Eucaristía diaria, en la que se expone siempre de nuevo a este misterio; se pone siempre de nuevo a sí mismo en las manos de Dios, experimentando al mismo tiempo la alegría de saber que él está presente, me acoge, me levanta y me lleva siempre de nuevo, me da la mano, se da a sí mismo.

La Eucaristía debe llegar a ser para nosotros una escuela de vida, en la que aprendamos a entregar nuestra vida. La vida no se da sólo en el momento de la muerte, y no solamente en el modo del martirio. Debemos darla día a día. Debo aprender día a día que yo no poseo mi vida para mí mismo. Día a día debo aprender a desprenderme de mí mismo, a estar a disposición del Señor para lo que necesite de mí en cada momento, aunque otras cosas me parezcan más bellas y más importantes. Dar la vida, no tomarla. Precisamente así experimentamos la libertad. La libertad de nosotros mismos, la amplitud del ser. Precisamente así, siendo útiles, siendo personas necesarias para el mundo, nuestra vida llega a ser importante y bella. Sólo quien da su vida la encuentra.

En segundo lugar el Señor nos dice: "Conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí, igual que el Padre me conoce y yo conozco al Padre" (Jn 10, 14-15). En esta frase hay dos relaciones en apariencia muy diversas, que aquí están entrelazadas: la relación entre Jesús y el Padre, y la relación entre Jesús y los hombres encomendados a él. Pero ambas relaciones van precisamente juntas porque los hombres, en definitiva, pertenecen al Padre y buscan al Creador, a Dios. Cuando se dan cuenta de que uno habla solamente en su propio nombre y tomando sólo de sí mismo, entonces intuyen que eso es demasiado poco y no puede ser lo que buscan.

Pero donde resuena en una persona otra voz, la voz del Creador, del Padre, se abre la puerta de la relación que el hombre espera. Por tanto, así debe ser en nuestro caso. Ante todo, en nuestro interior debemos vivir la relación con Cristo y, por medio de él, con el Padre; sólo entonces podemos comprender verdaderamente a los hombres, sólo a la luz de Dios se comprende la profundidad del hombre; entonces quien nos escucha se da cuenta de que no hablamos de nosotros, de algo, sino del verdadero Pastor.

Obviamente, las palabras de Jesús se refieren también a toda la tarea pastoral práctica de acompañar a los hombres, de salir a su encuentro, de estar abiertos a sus necesidades y a sus interrogantes. Desde luego, es fundamental el conocimiento práctico, concreto, de las personas que me han sido encomendadas, y ciertamente es importante entender este "conocer" a los demás en el sentido bíblico: no existe un verdadero conocimiento sin amor, sin una relación interior, sin una profunda aceptación del otro.

El pastor no puede contentarse con saber los nombres y las fechas. Su conocimiento debe ser siempre también un conocimiento de las ovejas con el corazón. Pero a esto sólo podemos llegar si el Señor ha abierto nuestro corazón, si nuestro conocimiento no vincula las personas a nuestro pequeño yo privado, a nuestro pequeño corazón, sino que, por el contrario, les hace sentir el corazón de Jesús, el corazón del Señor. Debe ser un conocimiento con el corazón de Jesús, un conocimiento orientado a él, un conocimiento que no vincula la persona a mí, sino que la guía hacia Jesús, haciéndolo así libre y abierto. Así también nosotros nos hacemos cercanos a los hombres.

Pidamos siempre de nuevo al Señor que nos conceda este modo de conocer con el corazón de Jesús, de no vincularlos a mí sino al corazón de Jesús, y de crear así una verdadera comunidad.

Por último, el Señor nos habla del servicio a la unidad encomendado al pastor: "Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que traer, y escucharán mi voz y habrá un solo rebaño, un solo pastor" (Jn 10, 16). Es lo mismo que repite san Juan después de la decisión del sanedrín de matar a Jesús, cuando Caifás dijo que era preferible que muriera uno solo por el pueblo a que pereciera toda la nación. San Juan reconoce que se trata de palabras proféticas, y añade: "Jesús iba a morir por la nación, y no sólo por la nación, sino también para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos" (Jn 11, 52).

Se revela la relación entre cruz y unidad; la unidad se paga con la cruz. Pero sobre todo aparece el horizonte universal del actuar de Jesús. Aunque Ezequiel, en su profecía sobre el pastor, se refería al restablecimiento de la unidad entre las

tribus dispersas de Israel (cf. Ez 34, 22-24), ahora ya no se trata de la unificación del Israel disperso, sino de todos los hijos de Dios, de la humanidad, de la Iglesia de judíos y paganos. La misión de Jesús concierne a toda la humanidad, y por eso la Iglesia tiene una responsabilidad con respecto a toda la humanidad, para que reconozca a Dios, al Dios que por todos nosotros en Jesucristo se encarnó, sufrió, murió y resucitó.

La Iglesia jamás debe contentarse con la multitud de aquellos a quienes, en cierto momento, ha llegado, y decir que los demás están bien así: musulmanes, hindúes... La Iglesia no puede retirarse cómodamente dentro de los límites de su propio ambiente. Tiene por cometido la solicitud universal, debe preocuparse por todos y de todos. Por lo general debemos "traducir" esta gran tarea en nuestras respectivas misiones. Obviamente, un sacerdote, un pastor de almas debe preocuparse ante todo por los que creen y viven con la Iglesia, por los que buscan en ella el camino de la vida y que, por su parte, como piedras vivas, construyen la Iglesia y así edifican y sostienen juntos también al sacerdote.

Sin embargo, como dice el Señor, también debemos salir siempre de nuevo "a los caminos y cercados" (Lc 14, 23) para llevar la invitación de Dios a su banquete también a los hombres que hasta ahora no han oído hablar para nada de él o no han sido tocados interiormente por él. Este servicio universal, servicio a la unidad, se realiza de muchas maneras. Siempre forma parte de él también el compromiso por la unidad interior de la Iglesia, para que ella, por encima de todas las diferencias y los límites, sea un signo de la presencia de Dios en el mundo, el único que puede crear dicha unidad.

La Iglesia antigua encontró en la escultura de su tiempo la figura del pastor que lleva una oveja sobre sus hombros. Quizá esas imágenes formen parte del sueño idílico de la vida campestre, que había fascinado a la sociedad de entonces. Pero para los cristianos esta figura se ha transformado con toda naturalidad en la imagen de Aquel que ha salido en busca de la oveja perdida, la humanidad; en la imagen de Aquel que nos sigue hasta nuestros desiertos y nuestras confusiones; en la imagen de Aquel que ha cargado sobre sus hombros a la oveja perdida, que es la humanidad, y la lleva a casa. Se ha convertido en la imagen del verdadero Pastor, Jesucristo. A él nos encomendamos. A él os encomendamos a vosotros, queridos hermanos, especialmente en esta hora, para que os conduzca y os lleve todos los días; para que os ayude a ser, por él y con él, buenos pastores de su rebaño. Amén.

(Homilía en la Ordenación Sacerdotal de 15 Diáconos de la Diócesis de Roma, Basílica de San Pedro, IV Domingo de Pascua, 7 de mayo de 2006)

[Volver](#)

P. José A. Marcone, I.V.E.

LA VOCACIÓN A SER BUENOS PASTORES

(Jn.10,11-18)

Introducción

Hoy es 4º domingo de Pascua y la Iglesia celebra el domingo de Jesús, el Buen Pastor. Pocas imágenes de Jesús son tan dulces y tan tiernas como lo es ésta, que nos recuerda todo el amor y toda la misericordia con que aquel pastor de la parábola (Lc.15) deja las 99 ovejas que están en el corral para ir en busca de la oveja perdida. El pastor, que es el dueño, el responsable y el guía del rebaño, no se siente humillado de tener que salir y sacrificarse por la oveja que no quiso ir esa tarde al corral. Quizá el pastor tuvo que afrontar las inclemencias del tiempo, frío o calor; tuvo que caminar por caminos difíciles y quebradas peligrosas, que podrían haber causado su fastidio, su hastío o disgusto. Y sin embargo, cuando logra encontrar a la oveja, no le grita, no le da con un palo, no le pega, no la obliga a caminar ni la lleva a los tirones, apurado y malhumorado, con deseos de volver pronto a casa. Sino que la alza suavemente, le da un beso y la carga sobre sus hombros. Y vuelve, muy cansado, pero alegremente, hablándole suavemente a la oveja, reprochándole suavemente que ella lo abandonó, preguntándole si ya no lo ama, preguntándole qué fue lo que la llevó a apartarse de él, preguntándole si en algo él le faltó. Le hablará a la ovejita como el Esposo del Cantar a la esposa: "Me robaste el

corazón, hermana mía, novia mía, me robaste el corazón” (4,9). “Única es mi paloma (única es mi ovejita), mi perfecta. Ella, hija única de su madre, la preferida de la que la engendró” (6,9). Y finalmente la devolvería al rebaño, donde la ovejita, llena y satisfecha del afecto del pastor, se alegraría despreocupadamente al insertarse de nuevo en su comunidad.

Cuántos de nosotros sabemos que necesitamos un pastor así. Cuántos de nosotros nos identificamos plenamente con esa ovejita rebelde. Cuántos de nosotros nos sentimos realmente carenciados de afecto, necesitados de perdón, de misericordia, de ternura. ¡Cuánto necesitamos del Buen Pastor!

¿Y quién es el Buen Pastor? Preguntémoselo a la Palabra de Dios, al Evangelio. Y nos responde el mismo Jesucristo, Dios verdadero y hombre verdadero: “Yo soy el Buen Pastor” (Jn.10,14). El pastor que nos llena el alma de paz y alegría, el pastor que nos llena el alma de amor, de ternura, de afecto es Jesucristo.

Pero, hoy, actualmente, aquí y ahora, ¿cómo actúa Jesucristo?; ¿en la persona de quiénes se hace presente?; ¿a quiénes ha dejado Jesús como pastores para que cumplan su misión de pastor? Sin ninguna duda: los sacerdotes (cf. 1Pe.5,1-4). Por eso, este domingo de Jesús, el Buen Pastor, es también la Jornada Mundial de Oración por las vocaciones, especialmente las sacerdotales, pero por extensión también las vocaciones de especial consagración.

1. El sacerdote, otro Cristo-Buen Pastor

El sacrificio de la Misa que dentro de un momento vamos a ofrecer en el altar será el gran clamor al cielo pidiendo a Dios que envíe sacerdotes. Y cuando pedimos sacerdotes a Dios, ¿qué estamos pidiendo? Le estamos pidiendo, ni más ni menos, que Jesús se multiplique en el mundo. Le estamos pidiendo que haya como ‘fotocopias’ de Jesús el Buen Pastor. Le estamos pidiendo que el Buen Pastor que es Jesús esté reproducido en todos los lugares del mundo. Le estamos pidiendo que se repita en todo el mundo la presencia sacramental de Cristo. Cuando pedimos sacerdotes pedimos a Cristo multiplicado aquí y ahora, viviendo entre nosotros.

Porque la realidad y la misión del sacerdote no es otra que la de ser el buen pastor entre los hombres. La misma realidad y la misma misión de Cristo que narrábamos al principio es la que le corresponde al sacerdote. El amor, la ternura, la misericordia, el perdón, el cariño, la dulzura de Cristo son las virtudes que el sacerdote está llamado a ejercitar sobre las ovejas. La razón por la cual existen los sacerdotes es la de hacer presente la caridad pastoral de Cristo entre los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares. Esa caridad es requisito indispensable para ser sacerdote. Así lo deja bien en claro Jesucristo cuando encomienda el cuidado del rebaño al Sumo Sacerdote, S. Pedro, el Papa, supremo pastor de la Iglesia católica. “Después de comer, Jesús dijo a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?». Pedro le contestó: «Sí, Señor, tú sabes que te amo». Jesús le dijo: «¡Apacienta mis corderos!». Por segunda vez le preguntó: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Él le respondió: «Sí, Señor, tú sabes que te amo». Jesús le dijo: «¡Apacienta mis ovejas!». Por tercera vez le preguntó: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Pedro se entristeció porque le había preguntado por tercera vez si lo amaba, y le respondió: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo». Jesús le dijo: «¡Apacienta mis ovejas!».” (Jn.21,15-17)

Esa caridad pastoral del sacerdote está toda orientada a cuidar de los hombres en su realidad íntegra, alma y cuerpo, pero jerárquicamente. Primero, en orden de importancia, el alma, y después el cuerpo. Aunque muchas veces será más urgente auxiliar la psiquis y el cuerpo, para después dar el auxilio correspondiente a la vida espiritual.

Por eso, la primera, fundamental y más importante labor del sacerdote-buen pastor será la de cuidar del espíritu de los hombres a él encomendados, dándoles aquello que los satisface plenamente: Dios. La primera gran caridad, el fundamental acto de ternura del sacerdote-buen pastor es entregar Dios a las almas. Para eso precisamente se ha hecho sacerdote, porque sacerdote viene de dos palabras latinas: *sacra-dans*, el que da las cosas sagradas. Por eso el supremo acto de caridad del buen pastor es celebrar el Santo Sacrificio de la Misa y entregar a las almas el Cuerpo de Cristo, Dios y hombre verdadero. Por eso no puede haber mayor dulzura del buen pastor que reconciliar al hombre con Dios a través

del sacramento de la confesión.

2. El llamado al sacerdocio

¿Y dónde están los hombres que van a reproducir a Cristo Buen Pastor? ¿Cristo ya no los llama? ¿Cambió Jesucristo su plan de hacerse presente a través de sacerdotes? No, Jesucristo no varió su plan. Él, con amor de hermano, sigue eligiendo y llamando a hombres de este pueblo para que prolonguen su sagrada misión: la de ser Buen Pastor entre los hombres. Ese llamado de Jesucristo es lo que llamamos la vocación.

Pero... ¿qué es la vocación? “La vocación es un llamamiento que Cristo dirige al fondo de la conciencia de un joven para que consagre su vida al apostolado o a la práctica de la perfección cristiana. Es un renovarse en el transcurso de los siglos de las palabras de Cristo al joven del evangelio: ‘Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes, dalo a los pobres, sígueme y tendrás un tesoro en el Reino de los Cielos’” (S. Alberto Hurtado) ^[2].

Uno de las grandes preguntas que hacen los jóvenes ante la cuestión de la vocación, ya sea sacerdotal o religiosa, es ¿cómo me doy cuenta si estoy llamado al sacerdocio?; ¿cómo me doy cuenta si estoy llamada a ser religiosa? Dice el P. Hurtado que algunos creen que debe haber “una moción sensible del Espíritu Santo”, como la han tenido algunos santos, que sintieron un consuelo muy grande cuando se dieron cuenta que Dios los llamaba al sacerdocio; estaban como embriagados por un dulce sentimiento y lloraban de alegría. Ellos recibieron “un don místico extraordinario”, dice el P. Hurtado..

Pero dice también S. Alberto Hurtado que “otros erróneamente también han pensado que para tener vocación se necesita tener atractivo por el sacerdocio, gusto natural por la vida y ministerios del sacerdote”.

La vocación al sacerdocio o a la vida consagrada se manifiesta cuando un joven siente el deseo de consagrarse a Dios con recta intención, es decir, por el sólo motivo de consagrarse a Dios y a la salvación de las almas, teniendo las cualidades físicas, intelectuales y morales suficientes.

No hay que creer que el que es llamado va a sentir un gran consuelo de seguir el sacerdocio o la vida consagrada. Esto lo tenía muy claro el P. Hurtado: “Es indudable que en la mayor parte de las mejores vocaciones no hay tal atracción, antes bien el sujeto experimenta una repulsión natural, un deseo espontáneo de la naturaleza que lo aleja del sacerdocio y lo inclina al matrimonio o a la vida del mundo. En la época ruda y materialista que vivimos, es normal sentir una fuerte repugnancia a una vida que toda ella es sacrificio, negación de sí mismo, a veces hasta el heroísmo. La parte animal del hombre no deja de hablar a pesar del llamamiento sobrenatural de Dios, y a veces estas voces animales resuenan con más fuerza que la suave voz de Dios que se hace oír en el silencio y recogimiento tan raros en este siglo de ruido y movimiento. Pero junto a estas mociones espontáneas de la naturaleza hay en los escogidos por Dios un deseo de la voluntad de hacer lo que Dios quiera, de ser generosos con su Redentor”.

Bueno, pero concretamente...¿cómo se manifiesta esta elección de Dios? Dios siempre va a dar al elegido señales de ruta para que él vea que ha sido elegido. Dios siempre va a poner algo en su corazón o en su camino que le sirva de señal y de condición para que descubra su propia vocación. El P. Hurtado enumera algunas:

- “una inquietud de ánimo que lo mueve a mirar el cielo (el deseo de las cosas altas);
- “una predicación que lo hace aspirar a mayor perfección;
- “la muerte de una persona querida que le enseña la vanidad de la vida;

- “un libro que cae en sus manos;
- “unos ejercicios espirituales que lo mueven a la santidad; y hacen que conciba como algo posible para él, aunque con grandes repugnancias a veces, la idea del sacerdocio o de la vida religiosa”

Nosotros podemos agregar: la escucha de la palabra de Jesucristo en el evangelio, por ejemplo cuando dice: “Cualquiera que haya dejado casa o hermanos...por causa de mi nombre, recibirá cien veces más y poseerá la vida eterna”

Por todo esto dice San Juan Bosco: “Me parece un grave error decir que la vocación es difícil de conocer. (...) Es difícil de conocer cuando no se quiere seguir, cuando se rechazan las primeras inspiraciones. Es ahí donde se embrolla la madeja... Mirad, cuando uno está indeciso sobre hacerse o no religioso, os digo abiertamente que éste ya tuvo vocación; no la ha seguido inmediatamente y se encuentra ahora embrollado e indeciso”

3. ¿Cómo debo seguir la vocación?

¿Qué es lo primero que debe hacer un joven o cualquier persona que ve algunos de los signos de los que habla S. Alberto Hurtado o San Juan Bosco? Debe ir a un sacerdote de su confianza y decirle: “Padre, siento un llamado a cosas altas, y quisiera estar seguro que Dios me está llamando al sacerdocio o la vida religiosa. Quisiera que usted me orientara en esto.” Y concertar una cita para hablar detalladamente de lo que está pasando en el alma con la disposición de seguir el consejo que le dé el sacerdote. Eso es lo que se llama “hacer dirección espiritual” o “tener un director espiritual”. Luego se concertan otras citas y así, mes a mes, semana a semana, va hablando con el sacerdote hasta que, con su ayuda, se discierne definitivamente acerca de cuál es la voluntad de Dios.

Pero... ¡cuidado!, esto no significa que haya que entregarse a grandes cavilaciones para decidirse a entrar al Seminario o al Convento. Todo lo contrario. Hay que dejar todo con rapidez y perfección.

En primer lugar, con rapidez. En el evangelio vemos el ejemplo de los apóstoles Pedro y Andrés que “*inmediatamente*, dejando las redes, lo siguieron” (Mc.1,18). Y lo mismo se dice de Santiago y Juan: “Dejando a su padre, le siguieron” (Mc.1,20). También Mateo lo siguió inmediatamente: “Le dijo: ‘Sígueme’. Él se levantó y le siguió” (Mc.2,14). Y San Pablo también, “sin pedir consejo ni a la carne ni a la sangre” (Gál.1,16), siguió a Jesucristo. Y la Virgen María, ante una misión tan excelsa que le era encomendada, inmediatamente respondió: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc.1,38). La vocación sacerdotal o religiosa es una flor muy delicada, es una flor de invernadero, que necesita rápidamente el ambiente necesario para que no se marchite. El roce del viento y del frío del mundo puede arruinarla para siempre.

El gran poeta José María Pemán pone en boca de San Francisco Javier:

“Las grandes resoluciones, para su mejor acierto
 hay que tomarlas al paso
 y hay que cumplirlas al vuelo (...)
 Soy más amigo del viento,
 señora, que de la brisa
 y hay que hacer el bien de prisa
 que el mal no pierda un momento.”

Y San Jerónimo le aconsejaba a uno de sus dirigidos: “Te ruego que te des prisa, antes bien cortes que desates la cuerda que detiene la nave en la playa”.

En segundo lugar, con perfección. El que tiene vocación sacerdotal o religiosa debe estar dispuesto a hacer lo que hizo Hernán Cortés. Ante la posibilidad de que su tripulación quisiera volver a España, quemó las naves ancladas en América, para quitar toda tentación de querer volver a la comodidad de la propia querencia. Así también, el que tiene vocación sacerdotal o religiosa, debe quemar las naves de sus afectos para arrojarse a la gran aventura que es seguir a Jesucristo por caminos donde no hay sendas marcadas.

El que ha sido llamado debe estar dispuesto a morir a todas las cosas, como San Pablo: “Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo (2Cor.4,10).

[Volver](#)

P. Jorge Loring S.I.

-

- 1.- En este Evangelio se nos narra la parábola del Buen Pastor.

- 2.- Jesús quiere un solo rebaño y un solo Pastor.

- 3.- Hoy proliferan las Iglesias que se dicen cristianas.

- 4.- La única fundada por Cristo es la católica, que la fundó en San Pedro. Y hoy en la tierra el único legítimo sucesor de San Pedro es el Papa de Roma.

- 5.- Todas la Iglesias protestantes han sido fundadas por hombres. Sabemos quién, cuándo y dónde.

- 6.- Luteranos: Alemania, Martín Lutero, 1517.
Anglicanos: Inglaterra, Enrique VIII, 1534.
Presbiterianos: Escocia, Juan Knox, 1560.
Bautistas: Amsterdam, Juan Smyth, 1605.
Episcopalianos: EE.UU., Samuel Seabury, 1785.
Metodistas: Oxford, Juan Wesley, 1739.
Mormones: EE.UU., José Smith, 1830.
Adventistas: EE.UU., William Miller, 1860.
Teosofismo: EE.UU., Blavatski-Steel, 1875.
Testigos de Jehová: EE.UU., Carlos Russell, 1879.

[Volver](#)

Soy católico

Vamos a ir muy lejos con una juventud que sabe trabajar y morir con el celo con que trabajan los jóvenes de la Acción Católica. ¿Quieren que se desempolva un hecho que está todavía chorreando sangre?

Es en México. Se ha desatado una persecución contra el Catolicismo. Los comunistas apresan a un joven en Jalisco, de dieciocho años, y le llevan ante el tribunal. El diálogo es digno de pasar a las Actas de los Mártires:

- Tienes que renegar de Cristo.
- ¡Soy católico!
- Entonces eres revolucionario.
- No, yo no soy más que católico.
- Nosotros te enseñaremos el camino de la apostasía.
- Cristo me dará fuerzas. Soy católico.

No le sacaron otra palabra. Entonces le maniataron y le ataron fuertemente a un auto de carga que iba a la ciudad. Allí fue el mártir arrastrándose entre sangre y lodo por el camino. Pararon el auto e intentaron de nuevo vencerle:

- Grita: ¡Viva Calles! Y te perdonamos.

El joven gritó con todas sus fuerzas: ¡Viva Cristo Rey!

Furiosos los verdugos le clavan sus bayonetas. Una mujer del pueblo va corriendo a avisar a su madre:

- ¡De prisa –le dice-, quieren que tu hijo reniegue de la fe!

La madre da un grito y corre desolada. Allí está el hijo de su corazón ensangrentado y deshecho. Pero entonces resucita la madre de los Macabeos. Se echa sobre él y le dice entre las convulsiones de la agonía:

- Hijo mío, no reniegues de la fe. ¡La fe vale más que la vida! ¡Mira allá arriba qué cielo tan hermoso! Grita conmigo: ¡Viva Cristo Rey!

El joven recupera las fuerzas que le quedan, y repite como un eco:

- ¡Viva Cristo Rey!

Y sobre los brazos de su madre cae muerto.

(ROMERO, F., *Recursos Oratorios*, Editorial Sal Terrae, Santander, 1959, p. 77)

[Volver](#)

E- mail: homiletica@iveargentina.org
homiletica.ive@gmail.com

Instituto del Verbo Encarnado - Provincia "Nuestra Señora de Luján" - iveargentina.org

[1] "Brazo de Dios" o "Pujanza de Dios" es otro nombre de Cristo; lo mismo que el "Monte Alto" en Isaías o Daniel es la Iglesia.

[2] HURTADO, A., *¿Es Chile un país católico?*, p. 123ss.